

LA CULTURA Y LA CIUDAD

Juan Calatrava, Francisco García Pérez, David Arredondo Garrido (Eds.)

Editorial Universidad de Granada, 2016. 1105 págs.

ISBN 978-84-338-5939-6

No, no me he leído las mil ciento cinco páginas que componen este volumen —fruto de las 137 contribuciones al Congreso Internacional homónimo que tuvo lugar en Granada en abril de 2015—, pero en mi defensa debo apuntar que tampoco conozco ningún economista que se haya leído al completo *El Capital*. Ahora bien, ni los que han manejado este último, ni yo en particular, hemos dejado de saborear las esencias de tan magnas empresas. Y digo esencias porque —aunque a poco que uno empieza a leer y meditar comprende con facilidad lo atinado del asunto en el mundo en que nos ha tocado estar—, en principio, decantarse por un título como este de *La cultura y la ciudad* que nos remonta a los tiempos de Caro Baroja o Maravall tiene algo de *primera apuesta*.

Ante la misma solo diré que, si bien mis filias personales me llevan a lidiar con entornos plagados de especialistas en lo actual y aunque uno de los focos de atención del libro se dirija hacia la deshilvanada urbe contemporánea de la que habla García Vázquez, cada vez veo más clara la necesidad de recuperar un término —cultura— que los estudios post-coloniales y los que se oponen a todo canon nunca han dejado de cuestionar.

Hace ya muchos años que Giulio Carlo Argan publicó aquella *Historia del arte como historia de la ciudad* en la que sugería, no solo que la ciudad era el arte mismo, sino una idea parecida a la del título que nos ocupa, es decir, que en tiempos modernos será en la ciudad donde buena parte del arte y la cultura tenga lugar, y que es a esa ciudad a la que el arte y la arquitectura dirigirán casi todo su mirar. Con esa *Historia* aprendimos que, si para cultivar vino hacen falta unas condiciones de clima y suelo, la ciudad se ha convertido en el clima y suelo natural donde, por diversidad, germinan las nuevas formas de soñar la humanidad.

Tan es así que un economista norteamericano, Richard Florida, ha llegado a promover en Estados Unidos un modelo económico basado en la gran ciudad y, concretamente, en los barrios creativos. Pues bien, al margen de lo que pensemos sobre las ideas políticas de este señor, de lo que no cabe duda es de que la ciudad contemporánea ha sido terreno abonado para la imaginación. En relación con la misma, esa cultura que, ya en lo etimológico, remite a un proceso de crecimiento y desarrollo vital, y a una formación siempre singular, plagada de matices y de complejidad que, aplicada a la ciudad, desborda con mucho la mera edificación o el problema legal —véase, al respecto, la notable aportación de González Alcantud.

* * *

Efectivamente, hablar de cultura y ciudad es remitir a una especie de *bildung* urbana y, al igual que toda formación humana se despliega en acciones, ensoñaciones y palabras, así toda realidad urbana construye una cultura que no es solo tema de alturas y murallas. Llegamos así a la *segunda apuesta* de la obra. Y es que, al igual que una cosa son los hechos y otra la percepción de los mismos, una cosa es la urbe y otra su percepción y su representación.

Al respecto, es evidente que el libro no se abre con una lección inaugural de Cesare de Seta por casualidad. Comienza con la lección del gran especialista en la imagen de la ciudad porque, en parte, se debe a él y a otros como él que la historia del urbanismo dejase de ser solo historia de edificios y de proyectos de construcciones.

Lo cierto es que, si la historia del urbanismo es larga, la historia de las representaciones y las culturas de la urbe no lo es tanto. Por eso son de celebrar las investigaciones que aquí se adjuntan, especialmente en la primera parte titulada «La imagen codificada: representaciones de lo urbano», sobre los modos y soportes de repre-

sentación de la misma —de la cartografía a la literatura, el cine o la fotografía, pasando por la novela gráfica— así como lo implicado en ellos. Investigaciones muy diversas sobre convenciones culturales, tópicos sobre las ciudades y prácticas sociales que codifican o fueron codificando una imagen que, no lo olvidemos, nunca es de la totalidad urbana, sino solo de una parte, una parte que se destaca por ciertas razones y por ciertos motivos —promocionar, oscurecer, subrayar— del mismo modo que se ocultan otras por otras razones.

Al fondo de estas reflexiones, los estudios franceses sobre las mentalidades y las amplias miras de historiadores británicos como Peter Burke, que hace tiempo lograron que muchos investigadores cayésemos en la cuenta de todo aquello, dedicándole parte de sus esfuerzos al estudio de las culturas urbanas modernas desde la perspectiva de los imaginarios. Ni que decir tiene que los especialistas en paisaje también llevan décadas insistiendo en ello. No solo en que el paisaje remite a una vida y una cultura antes que a un objeto, sino en que una cosa es el territorio y otra la imagen o su representación. De ahí que no resulte casual que otro de los epígrafes del libro se refiera a «La imagen integradora. Patrimonio y paisaje cultural urbano».

Aunque no las escribiesen expertos en ese campo, los que nos dedicamos al paisaje consideramos las obras de Walter Benjamin o autores más recientes como David Frisby buenos ejemplos de estudios sobre el tema. No solo la ciudad puede ser contemplada como cultura, es que el paisaje urbano hace años que es vislumbrado como representación y palimpsesto —lo que, visto desde cierta perspectiva, viene a ser exactamente lo mismo. Por supuesto, junto a ellos, la mirada de los especialistas en patrimonio, especialistas que, con Camillo Sitte o François Choay como referentes, hace décadas que se dieron cuenta de que, junto a la defensa y rescate de monumentos concretos, también cabía estudiar, fomentar e historiar la defensa de amplios conjuntos urbanos e históricos.

¡Claro que muchos de estos clásicos afloran en las notas al pie de los diferentes trabajos! Ahora bien, con esas referencias de distintas procedencias lo que trato de apuntar es que,

llamemos al asunto como lo llamemos, siempre es una buena noticia que se dediquen nuevas páginas a un imaginario como el de la ciudad capaz de convocar saberes de origen tan dispar.

Al respecto, el *tercer mérito* del volumen, a saber, el de adoptar una perspectiva francamente transdisciplinar —véase la «Introducción» general— que enriquece enormemente lo que se puede decir sobre la ciudad. Esta abarca estudios de historiadores, historiadores del arte, politólogos, arquitectos, sociólogos, urbanistas, antropólogos..., que componen un fresco tan amplio como el de la propia ciudad.

Todo ello se pone de nuevo de manifiesto en el tercer apartado, de título un tanto incierto —«La cultura y la ciudad / La cultura en la ciudad»—, pero que en general tampoco se dedica a la ciudad como núcleo cerrado o perímetro edificado, sino como espacio de promoción de la imagen de ciertos enclaves en el mundo contemporáneo. Abriendo ese tercer apartado, un artículo de Juan Calatrava que, además de resumir las ideas del proyecto que dieron origen a este libro¹, apunta hacia esta última gran cuestión: la que aúna la ciudad contemporánea con esa economía cultural —de eventos, musealizaciones y patrimonializaciones— capaz de consolidar algunas imágenes en un entorno globalizado, así como de separar tales representaciones de la ciudad misma, siempre en favor de ciertos discursos elaborados.

Larga es la tradición erudita que planteó que la aparición de la ciudad, en términos de desarrollo general, pudo suponer la transición hacia estadios político-culturales y economías de mercado cada vez más abiertos y evolucionados, inicio de transacciones a larga distancia y preludio de la globalización. Sin necesidad de retrotraernos tanto o de preguntarnos si esto es verdad —pues algunas páginas del libro se dedican a discutirlo—, no cabe duda que en el mundo contemporáneo metrópoli, economía global y promoción cultural, sí han ido de la mano.

Así las cosas, no puede extrañarnos que en general en toda la publicación —vinculada, no lo olvidemos, a un Congreso Internacional de gran repercusión— se encuentren estudios referidos, no solo a ciudades peninsulares de patrimonio abrumador —de Lisboa, Santiago de Composte-

la y Ferrol a Toledo, Barcelona o Granada—, sino a metrópolis fundamentales para el despliegue de la economía post-industrial.

Entre tantas investigaciones —sobre capitales como París, Nueva York, Seul, Atenas, Argel, Venecia, Los Angeles, Viena, Santiago de Chile, Roma, Lima, Estocolmo, Estambul o Berlín— no cabe duda que existen irregularidades. Pero las más interesantes del tercer apartado son aquellas que adoptan la postura del editor, intentando mostrar, no sin razón, hasta qué punto los festivales y la musealización se han convertido no solo en fuentes de dinamización económica y hasta artística sino en la arena cultural en la que se lidian soterradas batallas discursivas de grupos que intentan acaparar la imagen que de cada ciudad se quiere proyectar —pues no es lo mismo apostar por invertir un potosí en la promoción internacional de la Semana Santa local que decantarse por ciertos eventos de arte sonoro de vanguardia.

En este sentido, a la hora de acercarse a estas páginas —trufadas también de ensayos sobre los comunes, sobre el urbanismo unitario o sobre las alternativas ciudadanas a la banalización—, quizás no esté de más recordar que fue tras un estudio anterior, dedicado a la visibilización de los conflictos en la imagen oscilante de las ciudades², que los editores se embarcaron en este nuevo proyecto y en este apartado concreto.

* * *

Tales debates despiertan suficiente interés como para atraer a propios y extraños. Y es que, cuando hablamos de la *polis*, no hablamos de otros sino de nosotros. Ahora bien, dicho esto, cabe hacer algunos comentarios sobre la *taxonomía general* aplicada a los resultados abarcados.

Dando por sentado que un despliegue de este calibre es siempre difícil de ordenar, no queremos abundar en la posibilidad de haber separado los artículos por periodos o en la opción de que el mentado despliegue geográfico diese para una organización regional. Pero sí nos gustaría hacer notar que algunas investigaciones que, más que urbanísticas, se refieren a edificios o propuestas puntuales, podrían haberse trasla-

dado a otro lugar. Al respecto, es evidente que la ciudad Granada —que cuenta con una veintena de artículos— daba para crear una sección propia o un libro especial.

También llama la atención que el conjunto de reflexiones más abstractas o metodológicas —tanto cartográficas e ingenieriles, como sociológicas, políticas o antropológicas, o en las líneas más filosófico-humanística de Benjamin, Jay o Crary— no se reuniese en un primer apartado propio porque, sin duda, sus implicaciones teóricas en relación con la complejidad del problema urbano o con el exponencial crecimiento de las técnicas de representación de la ciudad en el mundo actual, dan mucho que pensar pero ofrecen un conjunto irregular si se disponen junto a textos que analizan imágenes de urbes concretas en momentos concretos del pasado. En este sentido, resulta curioso que algún que otro texto panorámico sobre el problema de la cultura y la ciudad —que serviría como introducción general al libro—, no aparezca hasta ochocientas páginas después de haber empezado a avanzar; que algunas páginas sobre los conflictos entre ciudadanía y banalización se encuentren en el segundo apartado pero muy alejados de la sección específica sobre ciudad, eventos y promoción cultural, o que otros en cuyos títulos encontramos las palabras paisaje y patrimonio —y cuyos contenidos tratan de esos temas—, se publiquen en secciones distintas a la titulada «Patrimonio y paisaje cultural urbano».

Por fin, se echa en falta alguna *referencia a la autoría*, funcionando el enorme conjunto como lo hace internet, en el sentido de que aporta una ingente cantidad de material aplanándolo y dando por supuesto que todo lo que se ofrece vale igual. Piénsese que, si la universidad quiere seguir jugando algún papel en la sociedad, este será el de marcar los distinguos de calidad. De ahí que, al margen de que solo quepa aplaudir a los héroes que deciden enfrentarse a una tarea tan enorme como esta y de la que todos sacamos beneficio, y al margen de que el trabajo de edición haya sido ingente y por ello digno de apreciar, sí parezca necesario reclamar algo de espacio para discernir —o por lo menos nombrar— quien es cada cual, recordando cosas tan sencillas como que Antonio Pizza no es un pizzero de Montreal,

sino uno de los más interesantes especialistas en el fenómeno urbano contemporáneo que está dando la ETSAB.

Dicho esto, solo resta recordar que el *resultado general* es de tal envergadura y abarca tantas épocas, problemas y geografías que los conocimientos e ideas que uno va archivando a medida que lo va catando acaban siendo sen-

cillamente enciclopédicos. Es por ello que solo nos quede recomendar a todos los interesados en la renovación de los estudios sobre la ciudad, si no su lectura completa —tarea hercúlea solo apta para editores—, al menos sí su posesión o su frecuente manejo.

Federico L. Silvestre
Universidade de Santiago de Compostela

NOTAS

¹ Proyecto de Investigación Ciudades históricas y eventos culturales (HAR2012-31133).

² V. Juan Calatrava y José A. González Alcantud: *La ciudad: paraíso y conflicto*, Madrid, Abada, 2007.